

extremadamente torpes para las cosas materiales. Uno y otro son partidarios de la soledad, dos voluptuosos partidarios de la soledad que no desdennan los encantos de la buena compaa. Recordemos un aforismo admirable de Marco Aurelio: «El hombre libre puede prescindir tan cómodamente de la soledad como de la sociedad». Uno y otro sienten igual incuriosidad, igual desapego por lo actual, y se vuelven siempre a los clásicos. Agreguemos que son dos hombres de letras, dos retóricos consumados, que hacen gala de no preocuparse sino por el fondo de sus escritos. Montaigne lleva la coquetería –por no decir la hipocresía– hasta afirmar que ignorar las leyes elementales de la gramática, que no sabe lo que significa *adjetivo*, *subjuntivo*, *ablativo**, y que cuando alguien encomia al estilo de los *Ensayos*, se siente inclinado a pedirle que se calle. «Lo importante en mis *Ensayos* –insiste en el capítulo consagrado a Cicerón– son las *ideas*». En cuanto a Benda, ya veremos hasta qué punto este preciosista, este bizantino, ha fustigado el preciosismo, el bizantinismo de sus «ilustres colegas», su preocupación exclusivamente formal, su proscripción de las ideas nítidas. Lean ustedes dos libros que no voy a comentar aquí: *Belphegor* y *La France Byzantine*.

No quisiera que ustedes tergiversaran mi pensamiento. Cuando a propósito de Benda he citado a dos de sus contemporáneos y a un clásico del siglo XVI, no lo estoy comparando con ellos, no quiero significar que la obra de Julien Benda, una obra que yo, particularmente, estimo, pueda equipararse a la de Bergson, o a la de Proust, o a la de Montaigne. Quiero destacar, únicamente, la noble, austera posición intelectual que los vincula y que separa por completo a los tres primeros de las fútiles *vedettes* de su misma raza que causaban estragos en el París de 1900. Montaigne, Bergson, Proust, Benda, han conocido el éxito porque no lo han perseguido. El éxito ha venido espontáneamente a coronar esa noble, austera posición intelectual. Podríamos decir que el éxito, como la felicidad, es un subproducto. No alcanzamos la felicidad si corremos tras ella; en cambio, si nos entregamos a un trabajo que nos gusta, para el cual tenemos ciertas dotes, y logramos hacerlo más o menos bien, nos sentimos felices. Diríamos que el éxito y la felicidad, para emplear una expresión frecuente en la Escritura, *vienen por añadidura*. Agreguemos que Bergson, Proust y Benda representan cabalmente su época porque lucharon contra ella. Recuerdo, a este propósito, una frase de Chesterton. Decía Chesterton que cuando los sociólogos modernos hablan de la necesidad que tienen los hombres de conformarse al espíritu de su época, olvidan que el espíritu de su época, en lo que tiene de mejor, es el resultado de unos pocos que no quisieron conformarse con nada.

* En la época de Montaigne, la gramática francesa estaba en plena formación. Conviene tenerlo en cuenta.

Pero no voy a hablar de toda la obra de Julien Benda, sino sólo de algunos aspectos de ella. Veamos cuáles son esos aspectos. Benda es un autor de obra extensa. Yo, que no tengo la obra completa, he verificado en mi biblioteca 27 volúmenes suyos. Voy a prescindir, pues, de sus libros literarios, en la medida en que lo son, porque todos —aclaro— llevan explícita, a veces demasiado explícita, una concepción filosófica o social que los perjudica. También voy a prescindir de aquellos libros en que censura la sociedad y la literatura de su país. Prefiero atenerme a los libros de combate en que denuncia la actitud de los intelectuales del mundo entero. Me pregunto si es necesario citar el más conocido, el que le dio tanto renombre en Francia y fuera de Francia, *La Trahison des Clercs*, *La traición de los intelectuales*.

Para abordar estos libros recurramos a una verdad primaria que nos enseñaron en el colegio: «Las pasiones, no las ideas, conducen a los hombres». Yo la recuerdo siempre a propósito de la Revolución Francesa, en las clases de Historia de la Civilización. Después de estudiar la gran influencia que tuvieron sobre la Revolución Francesa las ideas de filósofos del siglo XVIII, el profesor empezaba a corregirse, insensiblemente. Decía que era una influencia muy grande, y después: ¿Muy grande? se preguntaba. Pensándolo bien, no tan grande, relativamente grande. Después ponía el acento en el adverbio: *relativamente*. Era una influencia relativa, y ¿por qué negarlo? muy relativa. Así, apaciguando los epítetos, llegaba poco a poco a la conclusión de que para nada habrían influido sobre la Revolución Francesa las ideas de los filósofos del siglo XVIII si el pueblo francés no hubiera padecido con violencia una pasión. Si no hubiera padecido hambre. No precisamente hambre en el sentido evangélico, hambre y sed de justicia, sino hambre en el sentido más craso de la palabra: hambre de pan. No niego que fuera exacto lo que decía mi profesor. Repito con él: «Las pasiones, no las ideas, conducen a los hombres». Pero me permito señalar que los intelectuales cifraron siempre su orgullo en resistirse a las pasiones y en diferir, al menos teóricamente, de la generalidad de los hombres. Eran la excepción, la sal de la tierra, la flor del género humano. Poco a poco las cosas fueron cambiando. Empezaron, entonces, a practicar un intelectualismo al revés, un intelectualismo encarnizado consigo mismo, que no dejaba, si se quiere, de tener cierta grandeza, cierta grandeza suicida, y que consistía en quitar toda validez a las ideas «idealistas», en oponerse sistemáticamente al primado de la Razón. Razón es sinónimo de abstracto, de universal; antítesis de realidad, de sentido práctico, de *vida*. Reemplacemos el espíritu puro por el espíritu encarnado, honremos únicamente al espíritu cuando se ejerce en provecho de un interés material. A esta concepción realista del espíritu Benda atribuye todos los males de nuestro tiempo. El espíritu sólo puede moderar, ajustar la vida si se mantiene por encima de la

realidad. Ésta, a su vez, tratará de alcanzar los valores absolutos que preconiza el espíritu. Mejorar, superarse, amoldarse a ellos. Sucede lo contrario cuando el espíritu se supedita a la realidad. El intelectual, entonces, pone su talento al servicio de una pasión terrestre y acrecienta los intereses egoístas e individuales con el aporte de su sensibilidad poética, de su genio especulativo, de su prestigio moral de *clerc*.

Quería llegar a esta palabra *clerc*, que hizo famoso a Julien Benda. En su libro, Benda divide a los hombres de acuerdo con una antigua clasificación medieval: *clercs* (intelectuales) y *laicos*. En todas las épocas, al lado de una humanidad laica ocupada en la conservación y adquisición de los bienes temporales, estaban los *clercs*. «Buscaban su goce —dice Benda— en el ejercicio del arte, o de la ciencia, o de la especulación metafísica (en la posesión de los bienes que no disminuyen con el reparto) y decían de alguna manera: ‘Mi reino no es de este mundo’. Sin duda —agregaba después—, y aunque hayan fundado el Estado Moderno en la medida en que el Estado moderno domina los intereses individuales, la acción de esos *clercs* era, más que nada, teórica. No han impedido a los laicos llenar toda la historia con el ruido de sus odios y de sus matanzas. Pero les han impedido vanagloriarse de ello, hacer de esos movimientos una religión, creerse grandes al trabajar en perfeccionarlos. Gracias a los *clercs* puede decirse que la humanidad, durante dos mil años, hacía el mal, pero honraba al bien. Esta antinomia era un timbre de honor para la especie humana y constituía la grieta por donde podía filtrarse la civilización».

El *clerc* influía sobre los laicos de dos maneras. O bien desdeñando toda preocupación educadora, «daba al mundo el espectáculo turbador de una vida consagrada a los valores ideales y desinteresados», o bien, propiamente moralista e inclinado sobre el conflicto de los egoísmos humanos, predicaba, en nombre de la verdad y de la justicia, la adopción de un principio superior y directamente opuesto a aquellas pasiones egoístas. En un momento dado, que Benda sitúa a fines del siglo XIX, se produce la *traición*: el *clerc* pacta con los laicos. Lo vemos, entonces, glorificar pasiones ajenas a su naturaleza y suministrar en su apoyo sistemas doctrinarios mediante los cuales estas pasiones pueden organizarse intelectualmente. Surgen *clercs* que abandonan los principios de lo universal y de lo espiritual y que defienden todas las formas del particularismo y de la moral laica, o sea el culto de la energía y del coraje, la afirmación del hombre a expensas del mundo que lo rodea: racismo, fascismo, nacionalismo, imperialismo, capitalismo, comunismo, predominio de una clase determinada, etc. Estas escuelas filosóficas, franca o encubiertamente antirracionalistas (intuicionismo, pragmatismo, razón experimental) han desprestigiado la inteligencia como sólo apta para captar abstracciones. Han repetido, a su manera, los consejos